

## **Más allá de la sangre**

Pertenecer a la familia: ¿elección o privilegio en el rugby?

Brajovich Julieta, FaHCE, [julibrajovich99@gmail.com](mailto:julibrajovich99@gmail.com)

Llamazares Amara, FaHCE, [amaraallmzrs@gmail.com](mailto:amaraallmzrs@gmail.com)

Sanchez Trapes Juan Ignacio, FaHCE, [juanitrapes@gmail.com](mailto:juanitrapes@gmail.com)

Tenaglia Nazarena, FaHCE, [tenaglianazarena@gmail.com](mailto:tenaglianazarena@gmail.com)

**Resumen:** En el rugby la familia significa mucho más que los lazos de sangre. El siguiente trabajo es un comienzo para dar cuenta de los significantes en torno al concepto de familia en un club de rugby de la ciudad de La Plata. Para realizar esta investigación partimos de observaciones participantes en entrenamientos de distintas categorías del rugby infantil, y entrevistas a actores claves de este ámbito. Dicho significante trasciende los lazos de sangre, va más allá, y determina el modo de habitar el club. Esta experiencia se da en el marco del proyecto de extensión “Hacia clubes inclusivos: Jugar, gestionar, entrenar y dirigir con perspectiva de género para erradicar las violencias”, dirigido por Julia Hang y Liliana Rocha Bidegain, y codirigido por Inés Oleastro de la FaHCE de la UNLP, entre septiembre de 2023 y junio de 2025, con el objetivo de plantear líneas posibles para construir prácticas de la enseñanza del rugby infantil más inclusivas.

Palabras clave: familia, identidad, club, pertenencia.

### **Introducción:**

Octubre de 2023 es el punto de origen entre la Secretaría de Extensión de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) y un Club de rugby, impulsada por una preocupación genuina: la necesidad de abordar hechos de violencia en el ámbito deportivo y promover una enseñanza que priorice el cuidado en la primera infancia, respetando las diversidades. Este vínculo se enmarca en el proyecto “Hacia Clubes Inclusivos: Jugar, gestionar, entrenar y dirigir con perspectiva de género para erradicar las violencias”, dirigido por Julia Hang y Liliana Rocha Bidegain, y codirigido por Inés Oleastro, que busca, no solo reflexionar y dialogar con la enseñanza del rugby infantil en el club, sino también que anhela enriquecer la formación de

futuros profesionales en educación física con perspectiva de género y comprometidos a erradicar las violencias en los espacios de enseñanza.

Dicha relación tiene su punto de origen en un pedido del coordinador de rugby infantil del club, quien buscaba orientación y herramientas para mejorar las dinámicas de enseñanza en las categorías menores, especialmente en la “escuelita” (niños y niñas de 3 a 5 años). En respuesta, un profesor egresado de la UNLP, parte del proyecto extensionista mencionado anteriormente, se sumó al trabajo del club durante los meses de octubre y noviembre. Su rol fue doble: por un lado, acompañó a los entrenadores en los encuentros semanales como profesor, y por otro, realizó un diagnóstico sobre las prácticas pedagógicas existentes. Estos dos meses iniciales fueron clave para identificar áreas de mejora y plantear una propuesta para el año siguiente, de esta manera se sentaron las bases para una experiencia educativa que integraría a estudiantes universitarios directamente en el campo.

En 2024, el proyecto tomó un nuevo impulso gracias a la incorporación del profesor-extensionista al plantel docente de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, como parte del seminario “La enseñanza de los deportes con especial referencia al rugby” de la cátedra de Educación Física 5. Este espacio académico ofreció al estudiantado dos modalidades de cursada: la tradicional, con evaluaciones teóricas al final del semestre, y una alternativa práctica que consistía en realizar una práctica directamente en un club de rugby. Esta segunda opción fue elegida por doscientos tres (203) estudiantes (un 96% del total de la cursada), quienes tuvieron la oportunidad de diseñar planes de clase basados en contenidos acordados entre el área técnica del club y el profesor del seminario. Una vez aprobados dichos planes, los futuros educadores asistieron al club para llevar a cabo sus prácticas durante los meses de mayo, junio y julio en el transcurso del primer cuatrimestre, y en los meses de septiembre, octubre y noviembre correspondientes al segundo cuatrimestre. Dicha tarea no fue una empresa individual, las y los estudiantes trabajaron en parejas y siempre contaron con el acompañamiento del docente durante los días de entrenamiento (lunes, miércoles y sábados). Su intervención se centró en dos momentos clave de cada clase: el acondicionamiento previo y la vuelta a la calma, mientras que durante la parte central actuaron como observadores. Este enfoque les permitió analizar las dinámicas grupales y pedagógicas para luego reflexionar sobre ellas en las sucesivas clases, utilizando la bibliografía del seminario. Las observaciones realizadas por los estudiantes resultaron fundamentales para generar conclusiones sobre cómo se enseña el rugby infantil en contextos

de clubes. Además, estas experiencias prácticas fomentaron un aprendizaje significativo, conectando teoría y práctica de manera enriquecedora.

Tras haber participado en el seminario, tres estudiantes se incorporaron como extensionistas en el proyecto de extensión "Hacia Clubes Inclusivos" a inicios del 2025. Este proyecto, caracterizado por su enfoque innovador, nos permitió no solo teorizar las categorías de los registros hechos, durante el 2024, sino también ampliar nuestras prácticas hacia nuevos espacios.

Una de las novedades más relevantes fue la continuación del proyecto a partir de la creación de un nuevo seminario, en el marco de los seminarios válidos para licenciatura y profesorado, otorgados como oferta por el Departamento de Educación Física de la FaHCE. Este nuevo esquema permitió la incorporación de nuevos territorios, como unidades penitenciarias y barrios populares, para realizar la práctica y los análisis pertinentes. Dicho seminario se llamó "Rugby en territorio. Una experiencia desde adentro de la cancha". Lo distintivo y peculiar de estos nuevos espacios de inserción del proyecto, es que en ninguno se estaba sosteniendo una práctica deportiva vinculada al rugby. Por esta particularidad, y la reciente incorporación de los nuevos territorios mencionados, es que en este trabajo se realizó un recorte orientado solo a la sistematización y análisis de experiencia en el club de Rugby de La Plata.

A partir de las crónicas realizadas durante el 2024 y el 1er cuatrimestre del 2025, emerge una categoría de análisis que nos convoca, La Familia Club. Resulta pertinente aclarar que los registros fueron hechos con un enfoque puesto en la enseñanza, y no en lo que a posteriori ha brotado como eje transversal de análisis de todas las situaciones vividas. Por esta razón se ha decidido ampliar los registros a partir de entrevistas a ciertos protagonistas que se consideran claves para pensar el concepto de familia dentro del club en las diferentes categorías de análisis propuestas. Dentro de este marco contextual es que hemos desarrollado las siguientes categorías:

### **“Familia” en el Club: Más Allá del Lazo de Sangre**

Hablar de “familia” en el club de rugby implica mucho más que referirse a los lazos sanguíneos y políticos. La palabra circula como una contraseña de pertenencia, un modo de

nombrar vínculos que exceden lo biológico y se entraman en la práctica cotidiana. “Acá somos todos familia”, se escucha en reuniones y entrenamientos, marcando una frontera simbólica entre quienes están adentro y quienes permanecen afuera. Este uso expansivo del término, como advierte Bourdieu (1986), no es ingenuo: funciona como *principio de clasificación* y legitima la distribución de roles, saberes y prestigios dentro del espacio institucional.

La “familia club” se construye a través de rituales de bienvenida - aplaudir al nuevo y entregarle la “pelota de Oro” para que se lleve a su casa-, celebraciones compartidas - festejos de cumpleaños en los entrenamientos. En relación a este tema, Luis quien no ha jugado al rugby y es padre de un niño de 8 años que es parte de la categoría M8 del club, explica el modo en que su hijo fue recibido en el club;

Creo que al segundo, tercer entrenamiento le dieron la pelota a mi hijo. Y él estaba, nada, le volaron la cabeza, claro. Y yo pensaba que bien que la hacen, si su militancia es tener más gente e incluir, bueno lo están haciendo re bien, por lo menos en ese aspecto, no? Le meten la camiseta, le dan la pelota, como nada un destacado del día. Buenísimo, y si la idea es que el pibe esté contento les sale bien. Por lo menos yo, bien. Por ahora, mi hijo re bien. (Luis, entrevista realizada el día 08 de agosto)

En las entrevistas y observaciones, se percibe cómo los relatos sobre “los que hicieron grande al club” o “las camadas que dejaron huella” refuerzan la idea de linaje y herencia. La pertenencia se vuelve así una cuestión de memoria colectiva y de reconocimiento mutuo, donde los nuevos deben demostrar lealtad a tradiciones que, aunque no siempre escritas, pesan en cada gesto y decisión. Aquí, siguiendo a Elías (1986), la “figuración” familiar del club se sostiene en la interdependencia de trayectorias y en la sedimentación de afectos y expectativas.

Sin embargo, la metáfora familiar también puede ser *excluyente*. Quienes no comparten lazos previos, o provienen de otros circuitos sociales, suelen enfrentar un proceso de integración más largo y complejo. La “familia club” puede cerrarse sobre sí misma, reproduciendo distancias de clase, origen o género. Como señala Elias (1986), toda figuración social implica interdependencias, pero también jerarquías y tensiones: la familia no es solo un refugio, sino también un espacio de *negociación* y *conflicto*. Así, la categoría familia delimita quién puede ocupar posiciones de liderazgo, quiénes son escuchados y quiénes quedan en los márgenes.

Por último, la categoría “familia” en el club habilita la circulación de afectos, cuidados y solidaridades, pero también impone obligaciones y expectativas. Esto se puede sintetizar en

una frase de un Head Coach de las infantiles al afirmar que sentía la obligación de “devolverle al club todo lo que dió” o de “poner al club delante de todo” se convierte en un imperativo moral que regula comportamientos y legítima intervenciones. Así, la familia club no solo nombra una red de vínculos, sino que produce sujetos comprometidos, responsables y, a veces, disciplinados bajo la lógica del deber compartido. Esta doble cara —cuidado y control— es central para entender la potencia y los límites de la categoría.

Desde la perspectiva de Mauss (1925), este fenómeno puede leerse como la manifestación de un hecho social total. Para Mauss (1925), los hechos sociales totales son aquellos en los que se condensan dimensiones diversas de la vida social —económica, jurídica, moral, religiosa, estética, afectiva—, y que movilizan a la sociedad entera en sus prácticas y representaciones. La “familia club” es, en este sentido, mucho más que una simple metáfora: es un *dispositivo* que articula afectos, normas, obligaciones, pertenencias y exclusiones, y que produce sujetos según un ideal de compromiso y reciprocidad. En el club, la pertenencia familiar no solo se expresa en términos de afecto y cuidado, sino también de control y disciplina: el sujeto es interpelado a “devolverle al club todo lo que te dio”, internalizando un deber moral que lo constituye tanto en miembro como en deudor permanente. Aquí, la lógica del don elaborada por Mauss (1925)—donde el regalo recibido genera la obligación de devolver— se actualiza como principio organizador de la vida institucional, estructurando prácticas, jerarquías y expectativas.

### **Herencias y Distinciones: El Capital Familiar en Juego**

El capital familiar dentro del club de rugby se expresa en un entramado de relaciones y reconocimientos que Bourdieu denomina capital social (1986). Ser “hijo de”, “hermano de” o “sobrino de” antiguos jugadores o dirigentes otorga un plus de legitimidad y abre puertas que para otros permanecen cerradas. Estas herencias invisibles se actualizan en cada elección de entrenadores, en la asignación de tareas y en la circulación de la palabra durante las reuniones. Así, la familia club funciona como una red de favores, lealtades y deudas simbólicas que estructura la vida cotidiana.

Muy bien lo expresa uno de los entrevistados:

Algunas cosas como que las dan por hecho, que uno se siente interpelado medio obligadamente. Que si vos traes a tu pibe bueno poné el cuerpo viste? Entonces, vamos a hacer la fiesta, fíjese cada uno cómo puede participar, vamos a vender

alfajores, a ver cuantos piden cada familia, osea en las reuniones eso es un poco así, tenes que participar, después vos vas... Hay como un grado mínimo en que vos sentís que si no estás ahí, estás como fuera de lugar. (Luis entrevista realizada el día 8 de agosto)

Mauss (1925), en su Ensayo sobre el don, muestra que el intercambio de dones no es solo un hecho económico, sino una práctica cargada de sentido social que genera lazos, obligaciones y expectativas recíprocas. El don nunca es completamente gratuito: quien da espera algo a cambio, aunque sea en un tiempo y una forma diferida; quien recibe, queda en deuda y esa deuda es a la vez, vínculo y compromiso. Aplicado a la dinámica del club de rugby, esto implica que la “familia club” se sostiene en una economía moral de dones simbólicos: favores, reconocimientos, ayuda mutua, pertenencia, pero también en la expectativa de devolución —sea en trabajo, lealtad, participación o transmisión de valores—. La circulación de estos dones, lejos de ser anecdótica, estructura la vida cotidiana, jerarquiza posiciones y produce redes de confianza y distinción.

La deuda simbólica, en este marco, no es solo una carga: es el motor de la solidaridad y la pertenencia, pero también puede operar como mecanismo de control y exclusión, reproduciendo desigualdades y jerarquías internas. La lógica del don, por tanto, es ambivalente: habilita el lazo, pero también la disciplina; produce comunidad, pero también fronteras.

En las prácticas observadas, los apellidos históricos funcionan como marcas de prestigio y pertenencia. Los relatos sobre “familias fundadoras” o “dinastías de jugadores” - como por ejemplo nombrar la cancha nº1 del club con el nombre y apellido de un ex jugador y ex seleccionado nacional, remeras utilizadas por las infantiles con la inscripción del apellido y el número característico de ese jugador, camisetas colgadas de los que han sido pumas en el buffet, chapas de bronce inscriptas en el hall central con el apellido de quienes han sido capitanes del plantel superior- no solo alimentan el orgullo colectivo, sino que también naturalizan la desigualdad en el acceso a la autoridad y el poder. El club, así, reproduce una *lógica de distinción* que se transmite de generación en generación, consolidando una élite interna difícil de interpelar. Esta lógica se refuerza en los rituales de iniciación, en la selección de referentes (donde la gran mayoría de Head Coach son ex jugadores) y en la propia narrativa institucional, donde los “de siempre” ocupan el centro de la escena, esto incluso se encuentra legislado y prescrito en el Estatuto social del club de rugby en cuestión, donde el artículo Vigésimo Tercero Inciso C afirma:

Es un requisito para ser miembro titular de la Comisión Directiva en los cargos de Presidente, Vicepresidente, Secretario, Prosecretario, Tesorero y Protesorero se requiere: a) ser socio Activo o Vitalicio con una antigüedad mínima de diez (10) años; b) encontrarse al día con la Tesorería Social; c) haber integrado equipos de rugby de la institución en por lo menos cinco temporadas. (s. f.).

Sin embargo, este capital también puede ser puesto en cuestión. El ingreso de familias nuevas, con trayectorias ajenas al club, desafía la homogeneidad y obliga a renegociar los criterios de pertenencia. En ocasiones, estos procesos generan tensiones y resistencias, especialmente cuando los recién llegados proponen cambios o cuestionan tradiciones. La “familia club”, entonces, se revela como un *espacio de disputa simbólica* donde el pasado y el presente se enfrentan en la definición de lo legítimo. Aquí se observa cómo el capital social es un recurso dinámico, en disputa, y no un patrimonio estático. Por ejemplo, una de las entrevistadas, Clara quien ingresó al club a principios del 2020 y continúa hoy día como head coach de la categoría escuelita, nos cuenta que, “la mujer no podía ser socia activa, tenía que ser socia adherente.”. Como bien lo menciona Clara, en el año 2023, las mujeres acceden a la posibilidad de ser socias activas. (Club de Rugby, s. f., Disposición Transitoria. pág 15)

El capital familiar, lejos de ser solo un recurso individual, es un bien colectivo que se distribuye de manera desigual. Su acumulación y transmisión dependen tanto de la memoria institucional como de la capacidad de los sujetos para insertarse en las tramas de reconocimiento. Así, la familia en el club de rugby es, ante todo, una red de relaciones que articula inclusión y exclusión, continuidad y transformación. La pregunta que se abre es cómo democratizar este capital, ampliando el acceso y reconociendo la diversidad de trayectorias y aportes.

### **Afectos y Fronteras: El Lado Íntimo de la Familia Club**

La familia, en el club de rugby, no solo es una estructura de poder o una red de herencias, sino también un espacio de afectos intensos. Los vínculos que se tejen en el día a día —el aliento en la derrota, el abrazo en la victoria, la preocupación por el que falta— configuran una emocionalidad compartida que sostiene la vida institucional. Canevaro (2018) sostiene que los afectos no son neutrales: jerarquizan, ordenan y, a veces, excluyen. En el club, los afectos funcionan como cemento social, pero también como frontera invisible.

La gestión de los afectos es central para la cohesión del grupo, pero también puede convertirse en fuente de conflicto. Las expectativas de compromiso, disponibilidad y entrega total al club generan presiones que no todos pueden (o quieren) asumir. Las escenas de madres o padres que no participan activamente suelen ser leídas como falta de compromiso. En palabras del entrevistado, padre del club, “hay cierta incomodidad porque ves el entusiasmo del otro, o la movida de las otras familias, como muy comprometidos, ¿viste?”. En cambio, quienes “ponen el cuerpo” son celebrados y promovidos a roles de mayor visibilidad. Así, el afecto se transforma en un criterio de valoración y jerarquización, que puede excluir a quienes no logran o no desean cumplir con los estándares emocionales del grupo.

A su vez, la circulación de afectos puede reforzar las fronteras internas. Los grupos de WhatsApp, las cenas privadas y los “asados de camada” funcionan como espacios de intimidad, pero también de cierre. De esta manera, lo comenta Luis, haciendo referencia a una de sus primeras reuniones sociales dentro del club, en el primer año en que su hijo comenzó a jugar en el mismo, invitado por un compañero de la escuela:

Cabe aclarar que el entrevistado conoce el club por medio de la familia de un compañero del colegio de su hijo. Así relata la situación:

Yo veía la parrilla y eran como 10, 15 tipos haciendo el asado, cagándose de risa, y yo como medio alejado en otras mesas allá lejos. Hay como 2 facciones ahí, o por lo menos es lo que yo veo en estos meses. Los que están muy encima, como muy a cargo, incluso parecen amigos de los entrenadores, y que se yo, y bueno yo que estoy ahí, con un par de familias que estamos más lejos. (Luis entrevistado el 8 agosto)

Quienes quedan fuera de estos circuitos pueden experimentar la soledad o la distancia, aun estando físicamente presentes en el club. Así, la familia club es también un entramado de fronteras móviles, donde la inclusión afectiva es tan importante como la formal. Elias (1986) nos recuerda que toda figuración social implica equilibrios inestables entre inclusión y exclusión, cercanía y distancia.

Finalmente, los afectos en el club no son solo espontáneos: se cultivan, se enseñan y se regulan. Desde la bienvenida a los nuevos hasta el acompañamiento en momentos difíciles, la familia club se construye a través de prácticas de cuidado, como por ejemplo, ofrecerse a pasar a buscar a tu hijo para llevarlo al club, formar cooperativas para que todos puedan viajar a la gira de fin de año, crear bancos de ropa para donar, darles trabajo a los jugadores del

plantel superior que, como advierte Foucault (1979), también son formas de gobierno sobre los cuerpos y las conductas. Así lo expresa uno de los entrevistados, padre de un niño de club:

él el primer día que llegó, al primer entrenamiento le dieron una camiseta del club, que entiendo que es otra estrategia, una práctica ahí que ellos tienen. El fue con una remera cualquiera y le pusieron la camiseta del club ¿no? Ya él fascinado, encima viene con que le gustan las camisetas, tiene varias de fútbol. Le clavaron la camiseta, entonces ya había como una marca ahí del club no?. (Luis, entrevistado el día 8 de agosto)

Cuidar, en este contexto, es también vigilar y normar. El desafío es reconocer la potencia transformadora del afecto sin perder de vista sus dimensiones de control y exclusión.

### **Género y Poder: Quiénes Son “Familia” en el Club**

La categoría familia en el club de rugby está atravesada por relaciones de género que estructuran la distribución de roles, saberes y reconocimientos. Tradicionalmente, los varones se encuentran a cargo de la vida política del club, ocupando los lugares de autoridad técnica y toma de decisiones, mientras que las mujeres —madres, esposas, hermanas— quedan relegadas a lo que podríamos denominar como vida doméstica, que incluye el apoyo logístico y emocional. “En principio te invito a tomar mates al club, a que habites al club como club social. No sé si es la definición pero, la parte de club deportiva es un poco más celosa de los espacios, de los lugares...” Esta división, naturalizada en el discurso cotidiano, reproduce desigualdades y limita la participación plena de las mujeres en la vida institucional. Foucault (1979) y Butler (1990/2007) ayudan a comprender cómo estas normas se inscriben en los cuerpos y en las prácticas, produciendo sujetos que “pertenece[n]” y otros que deben justificar continuamente su lugar.

En el club, la figura del “padre entrenador” o del “referente varón” se asocia a la tradición y la legitimidad, mientras que las mujeres que intentan ocupar roles técnicos suelen enfrentar desconfianza o invisibilización. Por ejemplo, Clara, que forma parte del staff de entrenadores comenta lo siguiente “yo sentía que de alguna manera tenía que, bueno, hay cursos URBA online para aprender, yo sentía que tenía que aprender y demostrar que quiero aprender”. Así, la familia club se construye sobre una matriz patriarcal que regula los accesos y las trayectorias. Los relatos de campo muestran cómo las decisiones importantes suelen tomarse en espacios masculinizados, mientras que las mujeres sostienen la vida cotidiana y social desde tareas invisibles, pero fundamentales.

No obstante, estas fronteras de género no son inamovibles. En los últimos años, la presencia de mujeres en tareas de coordinación, entrenamiento o gestión ha comenzado a desafiar los límites tradicionales. Las resistencias, sin embargo, persisten:

Para mi, al mismo tiempo, no deja de excluir gente que no sea del club, o que no hayan jugado al rugby. Hoy hay padres que están desde escuelita acompañando a sus hijos como entrenadores voluntarios, que jugó al fútbol, viene (indistinto) tiene un montón para aportar, que podría ser tranquilamente presidente del club. Total te pones al lado uno que juega al rugby, le decis che esto de rugby puro que hacemos, y listo. Hoy no podría esa persona llegar a ser presidente.(Clara, entrevista realizada el día 9 de agosto)

La persistencia de ciertos roles funcionan como barreras simbólicas que dificultan la transformación. La familia club, entonces, es también un campo de disputa por el sentido y el poder. Butler (1990/2007) señala que las normas de género son performativas: pueden repetirse, pero también subvertirse.

Interrogar la categoría familia desde una perspectiva de género permite visibilizar los mecanismos de exclusión y abrir la discusión sobre nuevas formas de organización. Reconocer la diversidad de trayectorias y experiencias es condición indispensable para construir una familia club más igualitaria, plural y democrática. La pedagogía crítica de género invita a cuestionar las jerarquías naturalizadas y a promover la redistribución de roles, saberes y responsabilidades.

### **Conflictos y Renacimientos: Cuando la Familia Club Se Redefine**

A pesar de su aparente estabilidad, la familia club es un espacio en permanente transformación. Los conflictos —por el acceso a la palabra, la distribución de tareas o la definición de prioridades— son parte constitutiva de la dinámica institucional. Cada crisis, lejos de ser una amenaza, puede abrir la puerta a nuevas formas de vinculación y pertenencia. Las disputas generacionales, por ejemplo, suelen poner en tensión la herencia y la innovación. Los más jóvenes reclaman espacios de participación y proponen cambios en las formas de organización, mientras que los referentes históricos apelan a la tradición y la memoria.

Estas fricciones, lejos de fracturar la familia club, pueden ser el motor de su renovación, siempre y cuando se gestionen desde el diálogo y la apertura. Los procesos de inclusión de nuevas familias, de personas de otros orígenes o identidades de género, desafian la

homogeneidad y obligan a repensar los criterios de pertenencia. Los relatos de quienes lograron integrarse tras superar resistencias muestran que la familia club es capaz de reinventarse, ampliando sus fronteras y resignificando sus prácticas.

La gestión de los conflictos requiere habilidades políticas y pedagógicas. Reconocer las diferencias, construir consensos y habilitar la participación de voces diversas es fundamental para evitar la cristalización de jerarquías y exclusiones. Entendemos que para democratizar la “familia club” no se trata de negarse al conflicto, sino en asumirlo como parte de la vida colectiva. La construcción de consensos, la escucha activa y la apertura a la diversidad son caminos posibles para que efectivamente sea un espacio de inclusión, cuidado y crecimiento compartido. Pensando el conflicto no como amenaza, sino como oportunidad para la democratización y la justicia social.

### **Conclusión: Familias que Cuidan, Familias que Excluyen — Desafíos para una Pedagogía Crítica y de Género**

La categoría “familia”, lejos de ser un simple recurso metafórico, constituye un dispositivo central en la organización simbólica y material del club. Su potencia reside en la capacidad de generar sentido de pertenencia, sostener afectos y promover solidaridades, pero también en su función de delimitar fronteras, reproducir jerarquías y legitimar exclusiones. Como muestran Bourdieu (1986) y Elias (1986), la familia club es una figuración social cargada de historia, poder y afectividad, donde el capital social circula de manera desigual y donde las herencias pesan tanto como los proyectos de futuro.

Desde una perspectiva foucaultiana, la familia club también es un espacio de disciplinamiento y normalización, donde los cuerpos, los saberes y las emociones son regulados según normas de género, clase y antigüedad. La pedagogía crítica y de género, inspirada en autores como Butler y en las prácticas de cuidado reflexionadas por Canevaro (2018), invita a interrogar estas normas, a desnaturalizar los roles y a promover la redistribución de tareas, saberes y reconocimientos.

El desafío para quienes formamos parte de la educación física y la formación docente es doble: por un lado, reconocer la potencia integradora de la familia club, su capacidad para sostener trayectorias, acompañar procesos y construir comunidad; por otro, advertir sus límites y peligros, especialmente cuando se convierte en un mecanismo de cierre, exclusión o

reproducción de desigualdades. La apuesta es por una familia club que no teme a la diferencia, que celebre la diversidad y que asuma el conflicto como motor de transformación.

En definitiva, construir una pedagogía crítica y de género en el club de rugby implica abrir la familia club a nuevas voces, cuerpos y experiencias; promover la corresponsabilidad en el cuidado; y garantizar que el acceso al capital social no dependa de la sangre, el apellido o el género, sino del compromiso con la igualdad, la justicia y el bienestar común. Solo así, la familia club podrá ser un verdadero espacio de inclusión, crecimiento y ciudadanía democrática.

### **Referencias**

- Bourdieu, P. (1986). The forms of capital. En J. Richardson (Ed.), *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education* (pp. 241–258). Greenwood.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa: El feminismo y la subversión de la identidad* (M. Antonia Muñoz, Trad.). Paidós. (Trabajo original publicado en 1990).
- Canevaro, S. (2018). ¿Afectos que jerarquizan y razones que igualan? Repensando el lugar de la afectividad en el servicio doméstico de Buenos Aires. *Maguaré*, 32(2), 15–49.
- Club de Rugby (s. f.). Estatuto social.
- Elias, N., & Dunning, E. (1986). Deporte y ocio en el proceso de la civilización.
- Foucault, M. (1979). *Microfísica del poder* (J. Varela & F. Álvarez-Uría, Eds. y Trads.). Ediciones La Piqueta.